3. HISTORIA DE JOSÉ EL CARPINTERO

A diferencia de otros escritos pseudoepígrafos que recurren a la autoridad de un apóstol (por ejemplo, Santiago, Mateo, Tomás) como garantía de su presunta autenticidad, la presente «Historia» se presenta como una revelación del mismo Jesús en el monte de los Olivos, que es quien aparece como narrador, refiriéndose a María y José como «mi madre» y «mi padre» respectivamente.

Los capítulos 2-9, de los 32 que componen el apócrifo, están inspirados en el Protoevangelio; el resto gira casi exclusivamente en torno a la enfermedad y muerte de José en términos que delatan claramente el origen egipcio de la obra. La muerte del patriarca, a los ciento once años, se fija en el 26 del mes copto de *Epep* (= 20 de julio), fecha en que comienza la crecida periódica del Nilo y que ha dado pie para pensar en un influjo del mito egipcio de Isis/Osiris en nuestro apócrifo.

La tradición manuscrita lleva igualmente a Egipto. A finales del siglo XVIII se encontró el primer documento, una redacción árabe, que resultó ser una simple traducción del copto, como se demostró posteriormente. Al principio fueron descubiertos algunos fragmentos copto-sahídicos que sólo cubren los capítulos 13-21 de la versión árabe; luego apareció la redacción copto-bohaírica, que ofrece un texto completo del apócrifo. En esta redacción se apoya la traducción castellana que ofrecemos.

Como en la mayor parte de los textos apócrifos conservados en lengua copta, hay motivos más que suficientes para suponer que el original hay que buscarlo en fuentes griegas que no han llegado hasta nosotros. Este original puede muy bien remontarse a los siglos IV o V, ya que las tendencias apocalíptico-quiliásticas, que aparecen claramente en el capítulo 26, cayeron en desuso a partir del siglo V.

Textos árabes: G. WALLIN, *Historia Iosephi fabri lignarii* (Lipsiae 1772); A. BATTISTA-B. BAGATTI, *Edizione critica del testo arabo della «Historia Iosephi fabri lignarii» e ricerche sulla sua origine* (Jerusalén 1978).

Textos coptos: P. DE LAGARDE, *Aegyptiaca* (Göttingen 1883); L. TH. LEFORT, «À propos de "L'Histoire de Joseph le charpentier"»: *Le Muséon* 66 (1953) 201-222.

Bibliografía: P. PEETERS, *Évangiles apocryphes,* I (1911) XXXIII-XL. 191-243; S. MORENZ, «Die Geschichte von Joseph dem Zimmermann»: *Texte und Untersuchungen* 56 (1951) 1-26; G. GIAMBERARDINI, *Saint Joseph dans la tradition copte* (Montreal 1969); SANTOS OTERO, *Los evangelios...,* 332-352; Craveri, 227-256; Erbetta, I/2, 186-205; Moraldi, I, 313-352; Starowieyski, 383-406; Stegmüller-Reinhardt, 110-111; Geerard, 41-42.

HISTORIA DE JOSÉ EL CARPINTERO

Así abandonó esta vida mortal nuestro padre José el carpintero, padre de Cristo según la carne, el que vivió ciento once años. Cuando nuestro Salvador hizo a los apóstoles, reunidos en el monte de los Olivos, el relato de toda su vida, éstos fueron escribiendo estas palabras, las depositaron después en la biblioteca de Jerusalén y dejaron consignado, además, que el día en que el santo anciano se separó de su cuerpo fue el 26 de Epep, en la paz del Señor. Amén.

I. JESÚS HABLA A SUS APÓSTOLES

1. Y un día estaba nuestro buen Salvador en el monte de los Olivos con los discípulos en torno y se dirigió a ellos con estas palabras: «¡Oh mis queridos hermanos, hijos de mi buen Padre, a quienes Él ha escogido de entre todo el mundo!—**2.** Bien sabéis lo que tantas veces os he repetido: Es necesario que yo sea crucificado y que guste la muerte; que resucite de entre los muertos; que os comunique el mensaje del Evangelio para que vosotros, por vuestra parte, lo prediquéis a todo el mundo; que haga descender sobre vosotros una fuerza de lo alto, la cual os llenará del Espíritu Santo; y que vosotros, finalmente, prediquéis a todas las gentes de esta manera: Haced penitencia.—**3.** Porque vale más un vaso de agua en la vida venidera que todas las riquezas de este mundo;—**4.** y vale más poner tan sólo el pie en la casa de mi Padre que toda la riqueza de este mundo;—**5.** y más aún: vale más una hora de regocijo para los justos que mil años para los pecadores, en que han de llorar y lamentarse, sin que nadie preste atención ni consuelo a sus gemidos.—**6.** Cuando, pues, os llegue a vosotros, mis distinguidos miembros, la hora de marchar, predicadles que mi Padre os exigirá cuentas con balanza justa y equilibrada y que os examinará hasta de una palabra inútil que digáis.—**7.** Así como nadie puede escapar de la mano de la muerte, de la misma manera ninguno puede sustraerse a sus propios actos, sean buenos o malos.—**8.** Además, os he dicho muchas veces, y repito ahora, que ningún fuerte podrá salvarse por

su propia fuerza y ningún rico por lo cuantioso de sus riquezas.—**9.** Y ahora escuchad, que os voy a narrar la vida de mi padre José, el bendito anciano carpintero.

II. VIUDEZ DE JOSÉ

1. Había un hombre llamado José, oriundo de Belén, esa villa judía que es la ciudad del rey David.—**2.** Estaba muy impuesto en la sabiduría y en su oficio de carpintero.—**3.** Este hombre, José, se unió en santo matrimonio a una mujer que le dio hijos e hijas: cuatro varones y dos hembras, cuyos nombres eran: Judas y Josetos, Santiago y Simón; sus hijas se llamaban Lisia y Lidia.—**4.** Y murió la esposa de José, como está determinado que suceda a todo hombre, dejando a su hijo Santiago niño aún de corta edad.—**5.** José era un varón justo y alababa a Dios en todas sus obras. Acostumbraba a salir forastero con frecuencia para ejercer el oficio de carpintero en compañía de sus dos hijos, ya que vivía del trabajo de sus manos en conformidad con lo dispuesto en la ley de Moisés.—**6.** Este varón justo de quien estoy hablando es José, mi padre según la carne, con quien se desposó en calidad de consorte mi madre, María.

III. MARÍA EN EL TEMPLO

1. Mientras mi padre José permanecía en su viudez, mi madre, por su parte, la buena y bendita entre las mujeres, vivía en el templo, sirviendo a Dios en toda santidad, y tenía ya cumplidos los doce años. Había pasado sus tres primeros años en la casa de sus padres, y los nueve restantes en el templo del Señor.—**2.** Y, al ver los sacerdotes que la santa doncella llevaba una vida ascética y penetrada del temor de Dios, hablaron entre sí y dijeron: Busquemos un hombre de bien y desposémosla con él hasta que llegue el momento de su matrimonio, no sea que por descuido nuestro le sobrevenga en el templo el período de su purificación e incurramos en un grave pecado.

IV. DESPOSORIOS DE MARÍA Y DE JOSÉ

1. Entonces convocaron a la tribu de Judá y tomaron de ella doce familias (hombres) en correspondencia con el nombre (número) de las doce tribus.—**2.** La suerte recayó sobre el buen viejo José,

mi padre según la carne.—**3.** Dijeron, pues, los sacerdotes a mi madre, la Virgen: «Vete con José y estate sumisa a él hasta que llegue la hora de celebrar tu matrimonio».—**4.** Entonces José llevó a María, mi madre, a su casa. Ella encontró al pequeño Santiago en la triste condición de huérfano y le prodigó caricias y cuidados. Ésta fue la razón por la que se la llamó María la (madre) de Santiago.—**5.** Cuando, pues, José la hubo acomodado en su casa, partió para aquel sitio donde ejercía su oficio de carpintero.—**6.** Y mi madre María vivió dos años en su casa hasta que llegó el momento feliz.

V. La encarnación

1. Y al decimocuarto año de su edad vine yo, Jesús, vuestra vida, a habitar en ella por mi propio deseo.—**2.** Y a los tres meses de su embarazo volvió el candoroso José de sus ocupaciones. Mas, al encontrar a mi madre encinta, presa de la turbación y del miedo, pensó abandonarla secretamente. Y fue tan grande el disgusto, que no quiso comer ni beber (aquel día).

VI. Visión de José

1. Mas, durante la noche, he aquí que, por mandato de mi Padre, se le apareció en una visión Gabriel, el arcángel de la alegría, y le dijo: «José, hijo de David, no tengas reparo en admitir en tu compañía a María, tu esposa. Has de saber que el que ha sido concebido en sus entrañas es fruto del Espíritu Santo.—**2.** Dará, pues, a luz un hijo, a quien tú pondrás por nombre Jesús. Él apacentará a los pueblos con cayado de hierro».—**3.** El ángel desapareció por fin. Y José, en levantándose del sueño, cumplió lo que le había sido ordenado, admitiendo a María consigo.

VII. Viaje a Belén

1. Y en esto salió un edicto del emperador Augusto para que todo el mundo fuera a empadronarse, cada uno según el lugar de origen.—**2.** También el buen anciano se puso en camino, y llevó a María, mi madre virginal, a su ciudad de Belén. Y, como ya se acer-

caba el alumbramiento, él consignó su nombre por medio del escriba de la siguiente manera: «José, hijo de David; María, su esposa, y su hijo Jesús, de la tribu de Judá».—**3.** Y María, mi madre, me trajo al mundo a la vuelta de Belén, junto a la tumba de Raquel, la mujer del patriarca Jacob, la madre de José y Benjamín.

VIII. HUIDA A EGIPTO

1. Satanás dio un consejo a Herodes el Grande, padre de Arquelao, el que hizo decapitar a mi querido pariente Juan.—**2.** Y así él me buscó para quitarme la vida, porque pensaba que mi reino era de este mundo.—**3.** Mi Padre manifestó esto a José en una visión, quien se dio a la huida inmediatamente, llevándome consigo a mí y a mi madre, en cuyos brazos iba yo reclinado. Nos acompañaba también Salomé. Bajamos, pues, a Egipto y permanecimos allí un año, hasta que el cuerpo de Herodes vino a ser pasto de los gusanos y murió, como justo castigo por la sangre de los inocentes que él había derramado, y de la que ya no se acordaba.

IX. VUELTA A GALILEA

1. Cuando aquel inicuo Herodes dejó de existir, volvimos nosotros a Israel y nos fuimos a vivir a una villa de Galilea por nombre Nazaret.—**2.** Y mi padre José, el bendito anciano, seguía ejerciendo el oficio de carpintero, gracias a cuyo trabajo nosotros podíamos vivir. Jamás se puede decir que él comiera su pan de balde, sino que se comportaba en conformidad con lo prescrito por la ley de Moisés.

X. ANCIANIDAD DE JOSÉ

Y, después de tanto tiempo, su cuerpo no estaba achacoso, ni tenía delicada la vista, ni había siquiera un solo diente estropeado en su boca. Nunca le faltó la cordura y la prudencia y conservó siempre intacto su sano juicio, aun siendo ya un venerable anciano de ciento once años.

XI. OBEDIENCIA DE JESÚS

1. Sus dos hijos mayores, Josetos y Simón, contrajeron matrimonio y se fueron a vivir a sus hogares. Asimismo, sus dos hijas se

casaron, como es natural entre los hombres, y José quedó sólo con su pequeño hijo Santiago.—**2.** Yo, por mi parte, desde que mi madre me trajo a este mundo, le estuve siempre sumiso como un niño, y ejecuté lo que es natural entre los hombres, excepto el pecado.—**3.** Llamaba a María «mi madre» y a José «mi padre». Les obedecía en todo lo que me indicaban, sin que jamás me permitiera replicarles una palabra, sino que les mostraba siempre un gran cariño.

XII. Cara a la muerte

1. Mas le llegó a mi padre José la hora de abandonar este mundo, que es la suerte de todo hombre mortal.—**2.** Cuando su cuerpo enfermó, vino un ángel a anunciarle: «Tu muerte tendrá lugar este año».—**3.** Y, sintiendo él su alma llena de turbación, hizo un viaje a Jerusalén, penetró en el templo del Señor, se humilló ante el altar y oró de esta manera:

XIII. Plegaria de José

1. «¡Oh Dios, Padre de toda misericordia y Dios de toda carne, Señor de mi alma, de mi cuerpo y de mi espíritu!—**2.** Si es que se han cumplido ya los días de vida que me has dado en este mundo, te ruego, Señor Dios, que envíes al arcángel Miguel para que esté a mi lado hasta que mi desdichada alma salga del cuerpo sin dolor ni turbación.—**3.** Porque la muerte es para todos causa de dolor y turbación, ya se trate de un hombre, de un animal doméstico o salvaje, o bien de un gusano o pájaro;—**4.** en una palabra, es muy doloroso para toda criatura que vive bajo el cielo y en que alienta un soplo de espíritu tener que arrostrar el trance de ver su alma separada de su cuerpo.—**5.** Ahora, pues, Señor mío, haz que tu ángel esté al lado de mi alma y de mi cuerpo para que esta recíproca separación se consume sin dolor.—**6.** No permitas que aquel ángel que me fue dado el día en que salí de tus manos vuelva hacia mí airado su rostro a lo largo de este camino que emprendo hasta ti, sino que se muestre más bien amable y pacífico.—**7.** No permitas que aquellos cuya faz se muda dificulten mi marcha hacia ti.—**8.** No consientas que mi alma caiga en manos del cancerbero y no me confundas en tu tribunal formidable.—**9.** No permitas que las olas de ese río de fuego, en

que han de ser acrisoladas todas las almas antes de ver la gloria de tu rostro, se vuelvan furiosas contra mí.—**10.** ¡Oh Dios, que juzgas a todos en verdad y en justicia, ojalá que tu misericordia me sirva ahora de consuelo, ya que tú eres la fuente de todos los bienes y a ti se te debe toda la gloria por eternidad de eternidades! Amén».

XIV. ENFERMEDAD DE JOSÉ

1. Y sucedió que, al volver a su domicilio habitual de Nazaret, se vio atacado por la enfermedad que había de llevarle al sepulcro.—**2.** Ésta se presentó más alarmante que en ninguna otra ocasión de su vida, desde el día en que nació.—**3.** He aquí (resumida) la vida de mi querido padre José:—**4.** Al llegar a los cuarenta años, contrajo matrimonio, en el que vivió otros cuarenta y nueve. Después que murió su mujer, pasó un año solo.—**5.** Mi madre pasó luego dos años en su casa, después que los sacerdotes se la confiaron con estas palabras: «Guárdala hasta el tiempo en que se celebre vuestro matrimonio».—**6.** Al comenzar el tercer año de su permanencia allí —tenía a la sazón quince años de edad— me trajo al mundo de un modo misterioso, que nadie entre toda la creación pudo conocer a excepción de mí, mi Padre y el Espíritu Santo, que formamos una unidad.

XV. ACHAQUES DE JOSÉ

1. La vida de mi padre José, el bendito anciano, comprendió ciento once años, según la había determinado mi buen Padre.—**2.** El día en que se separó del cuerpo fue el 26 del mes de Epep.—**3.** Entonces el oro acendrado de su carne empezó a demudarse, y la plata de su inteligencia y razón sufrió alteraciones.—**4.** Se olvidó de comer y de beber, y la destreza en el desempeño de su oficio empezó a resentirse.—**5.** Y sucedió que, al amanecer el día 26 de Epep, fue presa de una gran agitación mientras estaba en su lecho: lanzó un fuerte gemido, dio unas palmadas y se puso a gritar todo fuera de sí diciendo:

XVI. LAMENTOS DE JOSÉ

1. «¡Ay miserable de mí! ¡Ay del día en que mi madre me trajo a este mundo!—**2.** ¡Ay del seno materno en que recibí el germen de la

vida! ¡Ay de los pechos que me amamantaron!—**3.** ¡Ay del regazo en que fui reclinado! ¡Ay de las manos que me sostuvieron hasta el día en que fui mayor y comencé a pecar!—**5.** ¡Ay de mi lengua y mis labios, que han proferido injurias, engaños, detracciones y calumnias!—**6.** ¡Ay de mis ojos, que han visto el escándalo!—**7.** ¡Ay de mis oídos, que han escuchado con gusto conversaciones frívolas!—**8.** ¡Ay de mis manos, que han sustraído cosas que no les pertenecían!—**9.** ¡Ay de mi estómago y de mi vientre, que han ambicionado lo que no era suyo! Cuando se les presentaba alguna cosa, la devoraban con más avidez que pudiera hacerlo la misma llama.—**10.** ¡Ay de mis pies, que han hecho mal servicio a mi cuerpo, pues lo han llevado por malos caminos!—**11.** ¡Ay de mi cuerpo todo, que ha dejado reducida mi alma a un desierto, arrojando de ella a Dios, que la creó!—**12.** ¿Qué he de hacer ahora? No encuentro salida por ninguna parte.—**13.** En verdad que ¡pobres de los hombres que son pecadores!—**14.** Ésta es la angustia que se apoderó de mi padre Jacob en su agonía, la cual ha venido hoy a darme alcance a mí, desdichado.—**15.** Pero tú, Jesús, Dios, que eres mi abogado, cumple en mí tu divina voluntad».

XVII. JESÚS CONSUELA A SU PADRE

1. Cuando él hubo dicho esto, penetré yo en el sitio donde se encontraba, y al verle agitado de cuerpo y de alma, le dije: «Salve, José, mi querido padre, anciano bueno y bendito».—**2.** Él respondió, presa aún de un miedo mortal: «Salve mil veces, querido hijo. Al oír tu voz, mi alma recobra su tranquilidad.—**3.** Jesús, mi Señor; Jesús, mi verdadero rey, mi salvador bueno y misericordioso; Jesús, mi libertador; Jesús, mi guía; Jesús, mi protector; Jesús, en cuya bondad se encuentra todo; Jesús, cuyo nombre es dulce y potente en la boca de todos; Jesús, ojo que ve y oído que oye verdaderamente: escúchame hoy a mí, tu servidor, cuando elevo mis ruegos y vierto mis lamentos ante ti.—**4.** En verdad que tú eres Dios. Tú eres el Señor según me lo ha repetido muchas veces el ángel, sobre todo aquel día en que anidaron en mi corazón sospechas humanas al observar las señales de embarazo de la Virgen sin mancilla y había determinado abandonarla.—**5.** Pero, cuando yo estaba pensando esto, se me apareció en sueños un ángel y me dijo: «José, hijo de David, no tengas reparo en recibir a María como esposa, pues el que ha de dar a luz es

fruto del Espíritu Santo.—**6.** No abrigues sospecha alguna acerca de su embarazo. Ella traerá al mundo un hijo y tú le darás por nombre Jesús».—**7.** Tú eres Jesucristo, el salvador de mi alma, de mi cuerpo y de mi espíritu. No me condenes a mí, siervo tuyo y obra de tus manos.—**8.** Yo no sabía ni conocía el misterio de tu maravilloso nacimiento y jamás había oído que una mujer pudiera concebir sin obra de varón y que una virgen pudiera dar a luz sin romper el sello de su virginidad.—**9.** ¡Oh Señor mío!, si no hubiera conocido la ley de este misterio, no hubiera creído en ti, ni en tu santo nacimiento, ni tributado honor a María, la Virgen, que te trajo a este mundo.—**10.** Recuerdo aún el día aquel en que un niño murió a resultas de una mordedura de serpiente.—**11.** Sus familiares iban por ti con intención de entregarte a Herodes.—**12.** Mas tu misericordia alcanzó a la pobre víctima y le devolviste la vida para disipar aquella calumnia que te hacía a ti causante de su muerte. Por lo cual hubo una gran alegría en la casa del difunto.—**13.** Entonces te cogí yo de la oreja y te dije: «Sé prudente, hijo mío».—**14.** Y tú me conminaste de esta manera: «Si no fueras mi padre según la carne, te daría a entender qué es esto que acabas de hacer».—**15.** Si, pues, ¡oh Señor y Dios mío!, es ésta la razón por la que has venido en son de juicio y por la que has permitido que se cernieran sobre mí estos terribles presagios, te suplico que no me emplaces ante tu tribunal para contender conmigo.—**16.** Pues he aquí que yo soy siervo tuyo e hijo de tu esclava.—**17.** Si tienes a bien romper mis grillos, te ofreceré un sacrificio santo, que no será otro sino la confesión de tu gloria divina, de que tú eres Jesucristo, hijo verdadero de Dios, y, a la vez, hijo verdadero del hombre».

XVIII. Aflicción de María

1. Al decir esto mi padre, no pude yo contener las lágrimas y me eché a llorar, viendo cómo la muerte se iba enseñoreando de él por momentos y oyendo, sobre todo, las palabras llenas de amargura que salían de su boca.—**2.** En aquel momento, mis queridos hermanos, me vino al pensamiento la muerte de cruz que había de sufrir por la vida de todo el mundo.—**3.** Y entonces María, mi madre querida, cuyo nombre es dulce para todos los que me aman a mí, se levantó y me dijo, teniendo su corazón anegado en la amargura: «¡Ay de mí!, querido hijo. Pero ¿es que va a morir el bueno y bendito anciano de

José, tu padre nutricio querido y adorado?»—**4.** Yo le respondí: «¡Oh mi querida madre! ¿Y quién entre los humanos se verá libre de la necesidad de tener que arrostrar la muerte?—**5.** Ésta es dueña de toda la humanidad, ¡oh madre bendita!—**6.** Y aun tú misma has de morir como todos los demás hombres.—**7.** Mas ni tu muerte ni la de mi padre José puede llamarse propiamente muerte, sino más bien vida eterna ininterrumpida.—**8.** También yo he de pasar por este trance a causa de la carne mortal con que me he revestido.—**9.** Mas ahora, madre querida, levántate y entra donde está el bendito anciano José para que puedas ver el lugar que le está aguardando desde lo alto».

XIX. Dolores de José

1. Se levantó, pues; penetró en la estancia donde se encontraba y pudo apreciar las señales evidentes de la muerte que ya se reflejaban en él.—**2.** Yo, mis queridos, me puse a su cabecera, y mi madre a sus pies.—**3.** Él clavaba su vista en mi rostro, sin poder dirigirme una palabra siquiera, pues la muerte se apoderaba de él por momentos.—**4.** Entonces elevó su mirada hacia lo alto y dejó escapar un fuerte gemido.—**5.** Yo sujeté sus manos y sus pies durante largo tiempo, y él me miraba suplicándome que no le abandonásemos en manos de sus enemigos.—**6.** Yo puse mi mano sobre su pecho y noté que su alma había subido ya a su garganta para dejar su cuerpo. Mas no había llegado aún el momento supremo de la muerte, pues de lo contrario no hubiera podido aguantar más. No obstante, estaban ya presentes las lágrimas, la turbación y el decaimiento que siempre la preceden.

XX. La agonía

1. Cuando mi querida madre me vio palpar su cuerpo, quiso ella palpar a su vez los pies, y notó que el aliento había huido juntamente con el calor.—**2.** Entonces se dirigió a mí y me dijo ingenuamente: «Gracias, querido hijo, pues desde el momento en que has puesto tu mano sobre su cuerpo, la fiebre le ha abandonado.—**3.** Fíjate, sus miembros están fríos como el hielo».—**4.** Yo llamé a sus hijos e hijas y les dije: «¡Ea!, hablad ahora con vuestro padre, que éste es el momento de hacerlo, antes que su boca deje de hablar y su cuerpo que-

de yerto».—**5.** Y hablaron con él sus hijos e hijas. Mas su vida estaba minada por aquella dolencia mortal que había de provocar su salida de este mundo.—**6.** Entonces se levantó Lisia, hija de José, para decir a sus hermanos: «Juro, queridos hermanos, que ésta es la misma enfermedad que aquejó a nuestra madre, que no había vuelto a aparecer por aquí hasta ahora.—**7.** Esto mismo sucede con nuestro padre José, para que no volvamos a verle por toda la eternidad».—**8.** Entonces prorrumpieron en lamentos los hijos de José. María, mi madre, y yo, por nuestra parte, nos unimos a su llanto, pues, efectivamente, había llegado ya la hora de su muerte.

XXI. LLEGA LA MUERTE

1. Yo me puse a mirar hacia el sur y vi a la muerte que se dirigía hacia nuestra casa. Iba seguida de Amenti, que es su instrumento, y del Diablo, a quien acompañaba una multitud ingente de satélites vestidos de fuego, cuyas bocas vomitaban humo y azufre.—**2.** Al tender su vista, se encontró mi padre con aquel cortejo que le miraba con rostro colérico y rabioso, el mismo con que suele mirar a todas las almas que salen del cuerpo, particularmente a aquellas que son pecadoras y que considera como propiedad suya.—**3.** Ante la vista de este espectáculo, los ojos del buen anciano se nublaron de lágrimas.—**4.** Éste fue el momento en que mi padre exhaló su alma con un gran suspiro, mientras procuraba encontrar un sitio donde esconderse y salvarse.—**5.** Cuando yo observé el suspiro de mi padre, provocado por la visión de aquellas potencias hasta entonces para él desconocidas, me levanté rápidamente y conminé al Diablo y a todo su cortejo.—**6.** Por lo cual ellos se dieron a la fuga avergonzados y confusos.—**7.** Y ninguno de entre los circunstantes, ni aun mi misma madre María, se percató de la presencia de aquellos terribles escuadrones que van a la caza de almas humanas.—**8.** Cuando la muerte cayó en la cuenta de que yo había conminado y echado fuera a las potestades infernales para que no pudieran tender asechanzas, se llenó de pavor.—**9.** Yo me levanté apresuradamente y dirigí esta oración a mi Padre, el Dios de toda misericordia:

XXII. PLEGARIA DE JESUS

1. «Padre mío misericordioso, Padre de la verdad, ojo que ve y oído que oye: escúchame, que yo soy tu hijo querido; te pido por mi padre José, la obra de tus manos. Envíame un gran coro de ángeles juntamente con Miguel, el administrador de los bienes, y con Gabriel, el buen mensajero de la luz, para que acompañen al alma de mi padre José hasta tanto que haya salvado el séptimo eón tenebroso. De manera que no se vea forzada a emprender esos caminos infernales, terribles para el viajero por estar infestados de genios malignos que por ellos merodean y por tener que atravesar ese lugar espantoso por donde discurre un río de fuego igual a las olas del mar.—**2.** Sé además piadoso para con el alma de mi padre José cuando venga a reposar en tus manos, pues éste es el momento en que (más) necesita de tu misericordia».—**3.** Yo os digo, venerables hermanos y apóstoles benditos, que todo hombre que, en llegando a discernir entre el bien y el mal, haya consumido su tiempo siguiendo la fascinación de sus ojos, cuando llegue la hora de su muerte y haya de franquear el paso para comparecer ante el tribunal terrible y hacer su propia defensa, se verá necesitado de la piedad de mi buen Padre.—**4.** Pero sigamos relatando el desenlace de mi padre José, el bendito anciano.

XXIII. JOSÉ EXPIRA

1. Al exhalar su espíritu, yo le besé.—**2.** Los ángeles tomaron su alma y la envolvieron en lienzos de seda.—**3.** Yo estaba sentado junto a él, y ninguno de los circunstantes cayó en la cuenta de que había ya expirado.—**4.** Entonces puse su alma en manos de Miguel y Gabriel para que le sirvieran de defensa contra los genios que acechaban en el camino. Y los ángeles se pusieron a entonar cánticos de alabanza ante ella, hasta que por fin llegó a los brazos de mi Padre.

XXIV. LUTO EN CASA DE JOSÉ

1. Yo entonces me eché sobre el cuerpo ingrávido de mi padre. Entorné sus ojos, cerré su boca y me levanté para contemplarlo.—**2.** Dije después a la Virgen: «¡Oh María, mi madre, ¿dónde están los

objetos de artesanía que él ha hecho desde su niñez hasta ahora? Todos ellos han pasado en este momento, como si él no hubiera venido siquiera a este mundo».—**3.** Cuando sus hijos e hijas me oyeron decir esto a María, mi madre virginal, me preguntaron con grandes voces y lamentos: «Pero ¿es que nuestro padre ha muerto, sin que nosotros nos percatáramos de ello?»—**4.** Yo les dije: «Efectivamente, ha muerto; pero su muerte no es muerte, sino vida eterna.—**5.** Grandes cosas le esperan a nuestro querido padre José. Desde el momento en que su alma ha salido del cuerpo, ha desaparecido para él toda clase de dolor. Él se ha puesto en camino del reino eterno, ha dejado tras sí la pesadez de la carne, con todo este mundo de dolor y de preocupaciones, y ha ido al lugar de reposo que tiene mi Padre en esos cielos que nunca serán destruidos».—**6.** Mas al decir yo a mis hermanos: «Vuestro padre José, el bendito anciano, ha muerto», ellos se levantaron, rasgaron sus vestiduras y le lloraron durante largo tiempo.

XXV. Duelo en Nazaret

1. Cuando los habitantes de Nazaret y de toda Galilea se enteraron de la triste nueva, acudieron en masa al lugar donde nos encontrábamos. En conformidad con la ley de los judíos, se pasaron todo el día dando señales de duelo hasta que llegó la hora nona.—**2.** Entonces los despedí yo a todos, derramé agua sobre el cuerpo de mi padre José, le ungí con bálsamo y dirigí a mi Padre amado, que está en los cielos, una oración celestial que había escrito yo con mis propios dedos antes de encarnarme en las entrañas de la Virgen María.—**3.** Y al decir *Amén* vino una multitud de ángeles. Mandé a dos de ellos que extendieran un manto para depositar en él el cuerpo de mi padre José y amortajarlo.

XXVI. Bendición de Jesús

1. Entonces puse yo mis manos sobre su cuerpo y dije: «No seas presa de la fetidez de la muerte. Tus oídos no sufran corrupción. No emane podredumbre de tu cuerpo. No eche a perder la tierra tu mortaja ni tu carne, sino que queden intactas adheridas a tu cuerpo hasta el día del convite de los mil años. No envejezcan, ¡oh

querido padre!, esos cabellos que tantas veces he acariciado con mis manos. Y que la dicha sea contigo.—**2.** A aquel que se preocupe de llevar una ofrenda a tu santuario el día de tu conmemoración, yo le bendeciré con afluencia de dones celestiales.—**3.** Asimismo, a todo aquel que diere en tu nombre pan a un pobre, no le permitiré que se vea agobiado por la necesidad de cualesquiera bienes de este mundo durante todos los días de su vida.—**4.** Te concederé que puedas invitar al banquete de los mil años a todos aquellos que en el día de tu conmemoración den un vaso de vino en la mano a un forastero, a una viuda o a un huérfano.—**5.** He de darte como regalo, mientras vivan en este mundo, a todos los que se dediquen a escribir el libro de tu salida de este mundo y a consignar todas las palabras que hoy han salido de mi boca; y, cuando abandonen este mundo, yo haré que desaparezca el libro en que están escritos sus pecados y que no sufran tormento alguno, fuera de la muerte inevitable y del río de fuego que está ante mi Padre para purificar a toda clase de almas.—**6.** Y si se diera el caso de que un pobre, no pudiendo hacer nada de lo dicho, impusiera el nombre de José a uno de sus hijos en tu honor, yo haré que en aquella casa no entre el hambre ni la peste, pues tu nombre habita de verdad allí».

XXVII. CAMINO DE LA TUMBA

1. Y entonces se presentaron en la casa mortuoria los ancianos de la ciudad, a quienes acompañaban los enterradores, con intención de efectuar el sepelio a la manera judía.—**2.** Y encontraron el cadáver dispuesto ya para el enterramiento. La mortaja se había adherido fuertemente a su cuerpo, como si se la hubiera sujetado con grapas de hierro, y cuando removieron el cadáver no encontraron su abertura.—**3.** A continuación tuvo lugar la conducción del cadáver hasta la tumba.—**4.** Y, cuando llegaron a ésta y estaban ya dispuestos a franquear su entrada para colocarle junto a los restos de su padre, me vino a la mente el recuerdo del día en que me llevó a Egipto y de las grandes preocupaciones que asumió por mí, y no pude menos de echarme sobre su cuerpo y llorar un largo rato, diciendo:

XXVIII. Exclamaciones de Jesús

1. «¡Oh muerte, de cuántas lágrimas y lamentos eres causante! Mas este poder te viene de Aquel que tiene bajo su dominio todo el universo.—**2.** Por eso tal reproche no va tanto contra la muerte cuanto contra Adán y Eva.—**3.** La muerte no actúa nunca sin orden previa de mi Padre.—**4.** Hay quienes han vivido hasta novecientos años, y aun algunos mucho más tiempo.—**5.** Sin embargo, ninguno de ellos ha dicho: "Yo he visto la muerte" o "venía de tiempo en tiempo a darme tormento",—**6.** sino que ella trae una sola vez el dolor, y aun entonces es mi buen Padre el que la envía.—**7.** Y, cuando viene en busca del hombre, es que sabe que tal resolución proviene del cielo.—**8.** Si la sentencia viene cargada de cólera, también procede colérica la muerte a cumplir su cometido, tomando el alma del hombre y entregándosela a su Señor.—**9.** La muerte no tiene atribuciones para lanzar al hombre al infierno ni para introducirle en el reino celestial.—**10.** La muerte cumple de hecho el mandato de Dios. Al contrario de Adán, quien, al no someterse a la voluntad divina, cometió una transgresión. Éste irritó a mi Padre contra sí por haber preferido dar oídos a su mujer antes que obedecer a su mandato, y así todo ser vivo quedó implacablemente condenado a la muerte.—**11.** Si Adán no hubiera sido desobediente, mi Padre no le hubiera castigado con este terrible azote.—**12.** ¿Y qué impide ahora que haga yo oración a mi buen Padre para que envíe un gran carro luminoso que eleve a José para que no guste las amarguras de la muerte y que le traslade al lugar de reposo en la misma carne que trajo al mundo, para que viva allí con mis ángeles incorpóreos?—**13.** La transgresión de Adán fue la causa de que sobrevinieran estos grandes males sobre la humanidad juntamente con lo irremediable de la muerte.—**14.** Y por cuanto yo mismo llevo también esta carne concebida en el dolor, debo gustar con ella la muerte para que pueda apiadarme de las criaturas que he formado».

XXIX. El entierro

1. Mientras yo decía esto abrazado al cuerpo de mi padre José y llorando sobre él,—**2.** abrieron la entrada del sepulcro y depositaron el cadáver junto al de su padre Jacob.—**3.** Su vida fue de ciento once años, sin que al cabo de tanto tiempo se estropeara un solo diente

de su boca y sin que sus ojos se debilitaran, sino que todo su aspecto se asemejaba al de un tierno niño.—**4.** Nunca estuvo achacoso, sino que trabajó continuamente en su oficio de carpintero hasta el día en que sobrevino la enfermedad que había de llevarle al sepulcro.

XXX. Réplica de los apóstoles

1. Y cuando nosotros, los apóstoles, oímos tales cosas de labios de nuestro Salvador, nos pusimos en pie llenos de gozo y luego adoramos sus manos y sus plantas, diciendo extáticos de alegría: «Te damos gracias, Señor y Salvador nuestro, por haberte dignado regalarnos con estas palabras salidas de tus labios.—**2.** Mas no salimos de nuestra admiración, ¡oh buen Salvador!, pues no acabamos de explicarnos cómo, habiendo concedido la inmortalidad a Elías y a Henoc, ya que están disfrutando *de los bienes en la misma carne con* que nacieron sin que hayan sido víctimas de la corrupción,—**3.** sin embargo, tratándose del bendito anciano José el Carpintero, a quien concediste el gran honor de llamarle tu padre y de obedecerle en todas las cosas (a nosotros mismos nos has encargado: "Cuando seáis revestidos de mi fuerza y recibáis la voz de mi Padre, e.e., el Espíritu Paráclito, y seáis enviados a predicar el evangelio, predicad también a mi querido padre José";—**4.** y además: "Consignad estas palabras de vida en el testamento de su partida de este mundo";—**5.** y "leed las palabras de este testamento en los días solemnes y festivos";—**6.** y "quien no haya aprendido a leer correctamente, no debe leer este testamento en los días festivos";—**7.** y, finalmente, "quien suprimiere o añadiere algo a estas palabras de manera que me haga embustero, será reo de mi venganza"),—**8.** nos admira, repetimos, el que, habiéndole llamado tú padre según la carne desde el día en que naciste en Belén, no le hayas concedido la inmortalidad para vivir eternamente».

XXXI. Respuesta de Jesús

1. Nuestro Salvador respondió diciéndoles: «La sentencia pronunciada por mi Padre contra Adán no quedará sin vigor, por cuanto éste no fue obediente a sus mandatos.—**2.** Cuando mi Padre

destina a uno a ser justo, éste viene a ser inmediatamente su elegido.—**3.** Si un hombre ofende a Dios por amar las obras del demonio, ¿ignora acaso que vendrá a caer un día en sus manos si sigue impenitente, aunque se le concedan largos días de vida?—**4.** Si, por el contrario, alguno vive mucho tiempo haciendo siempre buenas obras, son éstas precisamente las que le harán viejo.—**5.** Cuando Dios ve que uno sigue el camino de la perdición, suele concederle un corto plazo de vida y le hace desaparecer en la mitad de sus días.—**6.** Por lo demás, han de tener exacto cumplimiento las profecías dictadas por mi Padre sobre la humanidad y todas las cosas han de suceder en conformidad con ellas.—**7.** Me habéis citado el caso de Henoc y de Elías: "Ellos, decís; siguen viviendo y conservan la carne que trajeron a este mundo, ¿por qué, pues, tratándose de tu padre, no le has permitido conservar su cuerpo?"—**8.** Pues yo os digo que, aunque hubiera llegado a tener diez mil años más, incurriría siempre en la misma necesidad de morir.—**9.** Más aún, yo os aseguro que siempre que Henoc y Elías piensan en la muerte, desearían haberla sufrido ya y verse así libres de la necesidad que les está impuesta, puesto que han de morir en un día de turbación, de miedo, de gritos, de perdición y de aflicción.—**10.** Pues habéis de saber que el anticristo ha de matar a estos hombres y derramar su sangre en la tierra como el agua de un vaso a causa de las inculpaciones que le echarán en cara cuando le acusen».

XXXII. EPÍLOGO

1. Nosotros respondimos diciendo: «Señor y Dios nuestro, ¿quiénes son esos dos hombres de quienes acabas de decir que el hijo de la perdición les matará por un vaso de agua?»—**2.** Jesús, nuestro Salvador y nuestra vida, respondió: «Henoc y Elías».—**3.** Y, al oír estas palabras de boca de nuestro Salvador, el corazón se nos llenó de gozo y de alegría. Por lo cual le tributamos alabanzas y gracias como a nuestro Señor, nuestro Dios y nuestro Salvador, Jesucristo, por quien conviene al Padre toda gloria y todo honor juntamente con Él y con el Espíritu Santo vivificador, ahora, en todo tiempo y por eternidad de eternidades. Amén.